

EN MEMORIA DEL PROFESOR ABRAHAM PEREZ MIRO'

Por:

Dr. OSCAR JAIME ELIAS

El Ateneo de La Habana, en memoria del Doctor Cabrera Saavedra y los médicos de su época, ha organizado con un gran acierto y un gran sentido histórico y patriótico esta serie de conferencias que van dando a conocer algunas páginas de la Historia de la Medicina entre nosotros, cumpliendo así la elevada misión cultural que le está encomendada y que viene desarrollando desde hace algún tiempo y para la que vamos a tener un recuerdo.

Han transcurrido unos cuantos lustros desde que la casa situada en la calle del Prado haciendo esquina con la de Neptuno, se fundara el Ateneo de La Habana y que fuera uno de los primeros en inscribirme en el número de sus asociados deseoso de acercarme, en los comienzos de mi vida profesional, a los hombres de saber que, en aquel entonces, formaban el grupo más selecto de la intelectualidad cubana. Allí, bien pudiéramos decir que se inauguraron las Cátedras del Ateneo de La Habana, profesadas por todo lo que tan brillantemente representaba entre nosotros las letras, las ciencias y las artes. Por aquella tribuna pasaron los más ilustres representativos de la cultura: Enrique José de Varona, José Antonio González Lanuza, Rafael Montoro, Alfredo Zayas, Juan Santos Fernández, Antonio Sánchez de Bustamante, Ricardo Dolz, José Manuel Carbonell y tantos otros que dieron gloria y prestigio a nuestro país en las distintas ramas de los conocimientos. Ya en época más cercana continuaron estas cátedras y en ellas ocuparon su tribuna Mariano Aramburu, Ro-

¹ No obstante las exhaustivas Investigaciones realizadas, no se han podido establecer con exactitud las fechas de nacimiento y muerte del Doctor Abraham Pérez Miró (N. del R.).

dríguez Lendián, Juan J. Remos, José María Chacón y Calvo, Luís Mustelier, Claudio Mimó, Salvador Salazar y otros intelectuales de esta generación. Es de lamentar que aquellas y estas conferencias, discursos y otras manifestaciones de la cultura, no hubieran sido recogidas para tener hoy impresas las Cátedras del Ateneo de La Habana al igual que aquellas publicadas en Madrid por Farrugia y cuyo valor histórico, literario y filosófico no es preciso ponderar.

Esta noche me encuentro de nuevo en este lugar, pero no como un alumno, sino ocupando su tribuna, y esto pide de mi parte una explicación. Podría pensar, que alguno de sus miembros, que son maestros humanistas, haría una exposición más brillante de la que yo pueda hacer, pero no me voy a manifestar así en este momento, pues si bien es cierto lo que dejo dicho en cuanto a categoría intelectual, no es menos cierto también, que si en alguna circunstancia de mi vida me he sentido satisfecho de llenar una misión de esta naturaleza ha sido en esta, en la que se me ofrece una oportunidad de dar a conocer, algunos de los aspectos de la vida de quien fue ilustre médico, profesor y ciudadano ejemplar: el Doctor Abraham Pérez Miró, mi mejor maestro, y uno de los más amados de mis amigos, en cuyas enseñanzas y consejos se formó la base de mi cultura médica.

Este capítulo de Historia de la Medicina en Cuba que ha iniciado el Ateneo, merece el mayor reconocimiento para el esfuerzo de esta sociedad que tan acertadamente está llevando a su término. La Historia es el marco fijador de toda cultura, tanto científica como filosófica, literaria, artística, etc. Por algo dijo Auguste Comte esta gran verdad: "el hombre que no conoce la historia de una ciencia no podría conocer esa ciencia". El hombre, bien sabemos que a su vez, se hace inmortal por la Historia y es por ella, que su luz sigue iluminando la ruta de las generaciones que le van sucediendo, pues como bien decía Pascal: "la humanidad podría ser considerada como un solo hombre que aprende y subsiste a través de las edades". La Historia anima nuestros conocimientos, les hace perder la rigidez de la muerte y nos permite encontrar en ellos la evolución de la vida. Es así, como al estudiar el pasado en el pensamiento médico de sus hombres, no sólo vemos el interés que debemos poner en investigar en sus ideas, sino que valoramos mejor nuestro momento y orientamos con más base nuestras ideas hacia las posibilidades del porvenir. También en ocasiones, nos evita el ridículo de creer que hemos encontrado algo nuevo, que fue dicho 500 años o más,

antes de J.C. pues no olvidemos que las grandes verdades están dichas.

Abraham Pérez Miró nació en el pueblo de Marianao en el año 1857 y niño aún fue enviado a España para cursar sus estudios del bachillerato en el Instituto de Valladolid, habiéndose ya distinguido en esa época, al mostrar pruebas evidentes de su inteligencia y gran amor al estudio, de tal manera que, el premio de Literatura que discute con Menéndez y Pelayo, el que fuera posteriormente una de las glorias de la Literatura y la Crítica españolas, le fue adjudicado después de brillantes ejercicios. En posesión de su título de bachiller, Pérez Miró se matricula en la Facultad de Medicina donde cursa sus estudios con un brillante expediente, graduándose de Doctor en Medicina en la Universidad de Madrid en el mes de marzo de 1878. En esta época de su vida deseo subrayar algo que es un tanto más a favor de sus méritos: esta dedicación al estudio de su carrera, la realizaba en las más precarias condiciones económicas, a tal extremo, que en una ocasión me decía: "era tan pobre e iba tan mal vestido que llamaba la atención". Así, de este modo, con grandes sacrificios y un elevado sentido de responsabilidad terminó sus estudios y retornó a Cuba y comenzó a ejercer la profesión en su pueblo natal de Marianao. En esos primeros años desempeñó distintos cargos: fue Forense por oposición, Médico de visita del hospital "San Felipe y Santiago", de la Sociedad Francesa de Beneficencia, del hospital No. 1, de la Quinta de Dependientes, de la Quinta Covadonga, vocal de la Junta de Beneficencia de La Habana y de la Junta de Sanidad de Marianao, socio fundador de la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana. Ingresó por oposición en la Facultad de Medicina en el año de 1900, y obtuvo el cargo de profesor auxiliar de Farmacología y Terapéutica hasta 1907, en que ocupó el de titular, que desempeñó casi hasta su muerte en el año 1930, teniendo entonces 73 años de edad.

En el análisis de su vida, podremos ver que Pérez Miró no fue sólo un médico, sino que poseía una cultura general muy vasta. Cultivó las letras y fue un enamorado de las bellas artes; era interesante verle traducir el latín como si leyera en su propio idioma y manejar su extensa bibliografía, lo mismo en cuestiones de medicina como en asuntos literarios. Todos los conocimientos le interesaban, y hacían bueno aquel aforismo del gran médico español Letamendi, que dice: "Aquel que sólo sabe Medicina, apenas si sabe Medicina".

Se revela en pocas palabras, al crítico, al cultivador de humanidades y al gran lector, a quien nunca faltaba el tiempo para ilustrarse, aún en cuestiones que no le interesaran fundamentalmente. Así, lo vemos producirse como escritor y buen conocedor de nuestro idioma en tantas cosas que dejó escritas durante su vida. A ratos manejaba con gracia el humorismo, y un gran sentido de descripción daba amenidad a algunas de sus crónicas como encontramos en aquel artículo que publicó con el título de *Mis Días Médicos-Magnas Juntas* que, para los que llegamos a conocer algo de estas cosas, puede ser considerado como una magnífica estampa de un gran colorido de la época a que se refiere. Daremos a conocer algunos de sus párrafos más característicos: "Visitaba asiduamente en Marianao a un cliente mío, el cual meses después se trasladó a La Habana, asistiéndole entonces un joven médico muy distinguido. Tenía yo gran amistad con toda su familia y, a instancias de su cuñado, celebré una junta con su médico. Reconocí al enfermo (paso por alto la descripción clínica del caso) y dije al compañero que yo creía se trataba de un gran absceso perirrenal del lado izquierdo y que opinaba que debía intervenirse. El médico de cabecera tuvo una junta más tarde con otro compañero de gran experiencia por sus años, y el diagnóstico y tratamiento míos, como eran distintos completamente, animó a la familia para que se celebrara otra junta en la que habría yo de exponer *mi juicio* delante de otros profesores, entonces los de más prestigio en La Habana. Los médicos de la actual generación que lean estas líneas, no podrán comprender (pues ahora, por fortuna para ellos, no se usan aquellos torneos, verdaderas *justas* y no *juntas*, en que uno solo habría de combatir sucesivamente con muchos contrarios) el temor que tuve al *anunciárseme* que al día siguiente entraría en liza yo, el humilde, por el trabajo esclavo de médico municipal, frente a las eminencias del saber y la fortuna de La Habana. Acudí, como siempre, con anticipación, saludé a la familia, pero no me atreví a ver antes al enfermo. ¡En mala hora creí haberme acercado a la verdad! ¡Tenía sobrados motivos de congoja con sólo pensar en la que me esperaba poco tiempo después! Fueron llegando dos, cuatro, seis y hasta siete combatientes, alguno como amigo médico de la familia, para dar cuenta del resultado de la lucha. Yo escribo de este modo ahora, después de transcurridos muchos años, entonces... no me consideraba con coraje para pelear, no era más que una víctima que sufriría el martirio en aras de la verdad, como yo la entendía. Después de sufrir el enfermo tan numerosos reconocimientos y tan escudriñadoras miradas, sin una palabra de esperanza o de consuelo,

pues quitaría la solemnidad al acto, templadas las armas, nos dirigimos a un amplio salón. El médico de cabecera expuso muy brevemente la historia clínica e indicó para terminar que, siendo distinta mi opinión, podría hacer uso de la palabra. Era la primera vez que en mi vida oía esta frase a mí dirigida (si se exceptúa en la época de exámenes) para hablar a más de tres oyentes, y dije solamente lo necesario sobre el diagnóstico: absceso perirrenal y debe procederse a la abertura o con el bisturí, o por una punción exploradora previa. ¡La verdad o la que yo creía verdad fue entonces, como siempre en mi vida, la dama de mis pensamientos! ¡Sin su culto no hubiera entrado en la palestra! Van, sucesivamente, tomando la palabra, unos para atacarme, otros para apoyar, conformes a los primeros, ninguno para ponerse a mi lado; acometían sin piedad los del cerco habanero al maltrecho adalid de Marianao. ¡Yo hubiera querido desaparecer, como en las funciones de magia, por hundimiento del suelo o hacerme invisible, o que me tragara la tierra como a Coré, Dathan y Abiron! No podía resistir tan crueles embestidas. Uno decía: "no comprendo el lenguaje que está empleando"; otro: "cuando se atreve a tal diagnóstico, muy poderosas razones tendrá, pero sobre la intervención yo le aconsejaría pusiera a la hoja de su cuchillo, las palabras que se leen sobre las espadas de Toledo: *no me saques sin razón, ni me envaines sin honor*"; otro: "no hay que pensar que la fiebre, el infarto del hígado y el estado que presenta el enfermo, sean debidos a otra causa que al paludismo, y que el tratamiento no habrá de ser quirúrgico". Después de apoyar a los que quedaban, o de mostrar con risas y movimientos de cabeza su asentimiento a los que habían hablado, o de manifestar su conformidad con las opiniones sustentadas, se dio por terminada aquella magna junta. Había salido derrotado; había sido vencido por fuerzas mayores; me fui de allí corrido; triste emprendí la vuelta hacia mi pueblo; pero seguía diciéndome: "tu diagnóstico es cierto y el tratamiento es el único que se debe seguir en este caso". El tiempo se encargó de darle la razón a Pérez Miró y así con este párrafo termina su magnífica descripción de lo que eran la mayoría de las juntas médicas en los finales del siglo XIX. "He visto después varias veces a los compañeros y, cosa rara, ninguno me ha hablado del caso. ¡No me apretaron la mano, ni como vencedores entonces, ni como vencidos después, como siempre en uso en estas justas, tomándolo de costumbres caballerescas de pasadas edades: «Quatum matatus abillo».

Este relato de tanto carácter, es el paisaje de una época, en la que Pérez Miró traza con caracteres indelebles, lo que era entonces la *autoridad*, es decir, lo que no se podía discutir a los *maestros*, porque todavía predominaba la medicina dogmática y aquella imponía sus opiniones que, en ocasiones, se ocultaba en la ignorancia o en cierta maldad que no podían ser puestas de manifiesto por falta de medios de investigación; afortunadamente los tiempos han cambiado y la *autoridad* ahora *está en los hechos* y no en el criterio de los hombres. Otros escritores de esta naturaleza, sobre sus Días Médicos podríamos citar, pero no lo hacemos por no prolongar demasiado esta oración.

Ahora, después de conocer algunos matices de su vida profesional, de su extensa cultura, de su elevado espíritu y recordar su grata y siempre instructiva conversación que hacía de él un ameno "causeur", vamos a tratar lo que creemos esencial de esta oración, como es en lo posible, penetrar en su pensamiento médico de investigador y de gran sentido de observación, que le llevaron a dejar planteadas algunas cuestiones de valor en la evolución de los conocimientos. Ahora bien, como señala Claude Bernard, los grandes hombres no son nunca promotores de verdades absolutas e inmutables. Cada uno de ellos pertenece a su tiempo y no puede llegar más que en su momento, en el sentido de que hay una sucesión necesaria y subordinada en la aparición de los descubrimientos científicos.

En este modo de manifestarse a través de su vocación, su constante estudio, sus observaciones y experiencias, separándolo ya de la rutina del ejercicio profesional, clasificando diríamos al hombre de ciencia, yo veo a Pérez Miró como un farmacólogo: trataba de penetrar y arrancarle al *medicamento*, todo lo más que los elementos a su alcance en su época, le permitían investigar; y como un cuidadoso y responsable de sus conocimientos y de su gran honestidad científica, no se le escapaba nada que pudiera ser útil en la aplicación de aquel al enfermo, practicando aquel criterio suyo que tanto me repetía: "debemos siempre tratar de curar, aunque no lo logremos en muchas ocasiones".

Muy pronto se percató de que en la Química había un vasto continente de posibilidades y no se conforma con su preparación, sino que busca el modo de ampliar sus conocimientos en esta ciencia y lo hace poniéndose en contacto con su gran amigo el Doctor Gerardo Fernández Abreu, aquel gran profesor de esta disciplina en nuestra universidad y a quienes todos recordaremos

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 131

siempre como uno de los hombres ilustres y ejemplares ciudadanos de aquel entonces. Pérez Miró vivió primero el análisis químico, después la síntesis orgánica y de allí llevado al estudio bioquímico del medicamento, queriendo siempre tratar de ver en lo que es posible su mecanismo de acción, no sin comprender al mismo tiempo las grandes oscuridades que se encuentran en este camino y que, a la vez, son el mejor estímulo para investigar en tan difícil disciplina.

Sus publicaciones y trabajos presentados en congresos médicos y sociedades científicas y que ahora vamos a conocer, confirman lo que estamos diciendo y que en la época aquella eran considerados como una *herejía*, pues se enfrentaba con la ortodoxia, haciendo ya evidente el pensamiento que años más tarde pronunciara Frederick Gowland Hopkins al decir: "toda enseñanza dogmática acerca de cualquier aspecto del fenómeno de la vida, debe tener presente que la *célula viva* es, ante todo, una hereje". Es, pues, necesario armarnos de valor y tener cierta anarquía mental, para no someternos a la *autoridad* y romper lanzas por cuenta propia. En Pérez Miró encontramos un ejemplo de esto que decimos; y ahora analicemos sus ideas en este aspecto de la Medicina.

Una de las primeras cuestiones por él planteadas fue la administración de las vacunas por vía gástrica. Recordamos bien cómo fue duramente combatido y recibida por algunos la buena nueva con cierta sonrisa compasiva, considerándolo como un iluso. A sus trabajos no se respondía con hechos, sino con palabras, olvidándose los que de tal modo actuaban que, como dice Cajal: "la crítica científica se justifica solamente entregando a cambio de un error una verdad". En el año 1917, de un escrito de Pérez Miró publicado en la revista *Archivos de Medicina Interna*, tomamos estas líneas que lo acreditan como el pionero de este modo de administración de las vacunas.

"Hace más de diez años, después de leer en *L'Avenir Médicale* de los hermanos Lumiere sobre la preparación de enterovaccin (antitífico-cólico polivalente) que es una vacuna encerrada en cubierta de keratina para realizar la vacunación preventiva y el tratamiento curativo de la fiebre tifoidea, escribí a dichos fabricantes indicándoles que yo venía usando hacía más de seis años la vacuna tifoidea y colibacilar por vía gástrica con buen resultado en el tratamiento de estos estados y que no dudaba del éxito de su preparación, pero le sugería que hicieran experimentaciones clínicas con la gonocócica, estafilocócica, etc. como yo lo había hecho por

vía gástrica y de cuyas nociones di cuenta en uno de nuestros congresos médicos; así como también del empleo en las infecciones microbianas localizadas en la piel y en las mucosas accesibles, de vacunas mezcladas a glicerina neutra al 1 por 10, aplicadas localmente. Posteriormente a esta fecha, se comenzó a fabricar por los hermanos Lumiere la enterovacuna antigonocócica en esférulas keratinizadas para el tratamiento de los estados blenorragicos agudos y crónicos, creyendo que fue atendida mi sugestión". Y, continúa modestamente Pérez Miró, diciendo: "creo haber iniciado este modo de emplear las bacterinas, localmente y por vía gástrica, con sorprendentes efectos beneficiosos, pero lo que debo hacer constar, por mi práctica, es el mejor resultado curativo con las dosis mínimas que con dosis grandes, entendiendo como cierto que el efecto preventivo (vacunante) es mejor conseguido en las infecciones colibacilares y tifoideas (que es donde las he empleado con este último fin), administrando las *microbinas* en cantidades grandes. El Doctor Alberto Recio puede referir sus investigaciones en este sentido en el hospital No. 1, con la vacuna tifoidea por vía gástrica, y ha dado cuenta de ello en algún periódico médico de La Habana, así como el Doctor Vicente Gómez con las vacunas en glicerina aplicadas localmente en los oídos y las fosas nasales". Y ahora, después de recordar estos datos tan elocuentes, veamos cómo en esos años no aparece ninguna experiencia de este tipo antes de los trabajos de Pérez Miró, y al mismo tiempo que, entre nosotros en esa época, nadie se había interesado por cuestiones de esta naturaleza, y se le combatía, no con el espíritu crítico que señala Cajal y al que nos hemos referido anteriormente, sino solamente con un criterio dogmático que no ha servido en Medicina sino sólo para retrasar sus progresos. El tiempo se ha encargado de darle la razón a Pérez Miró, aceptándose hoy universalmente este modo de administración de las vacunas.

Cuando tratamos de valorar la obra científica del hombre, lo que primero importa es situarnos en su época y recoger lo que su mente y los elementos a su alcance, le permitieron realizar; entonces encontramos en muchas ocasiones cómo su pensamiento se adelantó a su época, al plantear hipótesis que más tarde han podido ser confirmadas, y en este aspecto de la vida médica de Pérez Miró trataremos algunas cosas que deben subrayarse porque son un buen testimonio de lo que producía su mente en este capítulo de la Medicina. En Pérez Miró encontramos como elemento de producción de su pensamiento acerca de algunas cuestiones, la fecunda asociación de esos dos espíritus de la sin-

tesis y el análisis. El espíritu de síntesis es, ante todo, un espíritu de observación y de asociación, condensa y reúne, es imaginativo, y da la idea creadora fecundante; en tanto, el espíritu de análisis es un espíritu de experimentación y de disociación, es metódico y preciso, recibe la idea, la explota y la produce. Bien sabemos que el progreso científico ha nacido, vive y se nutre de estas dos grandes concepciones, de la asociación de los dos espíritus. Veamos por qué me refiero a estas cosas, cuando vamos a conocer algunas ideas de Pérez Miró sobre cuestiones trascendentes referentes a la dosis de los medicamentos, a su curso en el organismo y a su mecanismo de acción. Claro es, así como la casualidad científica —decía Pasteur— no se le presenta sino a aquel que la merece, y bien sabemos lo que es el contenido de este juicio, la idea creadora, su modelaje y forma definitiva para el momento que la produce, también sólo aparece en los que la merecen. En Pérez Miró, estudiado en este aspecto, encontramos en su diálogo claramente definidos esos dos espíritus de la síntesis y el análisis bien ponderados y claro está, desarrollados en una mente que estudia constantemente y vive impregnada de conocimientos y de experiencia; por esto es más fácil comprenderlo cuando plantea los problemas, o cuando estudia cualquier cuestión. Nos referiremos ahora a dos cosas que hacen bueno esto que dejamos dicho: primero, al estudio y especulaciones que realiza sobre la *dosis mínima* del medicamento; después a la hipótesis que plantea acerca de la vehiculación de un medicamento por otro, la cual facilita su rápida difusión en el organismo por mecanismos fisicoquímicos.

En lo primero, Pérez Miró se enfrenta con la ortodoxia y pensemos que lo hace cuarenta años atrás, y tiene que sufrir el ataque rudo de los que lo califican de iluso y equivocado. Fue en aquellos días cuando me dio a conocer que estaba estudiando el método homeopático, al mismo tiempo que me recalaba que en la teoría de Hahnemann se encontraba verdades que era preciso estudiar y conocer sus posibilidades. Hay que pensar lo que esto significaba en aquel entonces, cuando era tan virulenta la pugna irreconciliable entre los médicos homeópatas y los que ejercían su profesión siguiendo los cánones de las facultades de medicina en sus planes de estudio. Pero, Pérez Miró no se detiene en su propósito porque él no va a convertirse en un médico homeópata de aquella época, sino va a estudiar cosas, que el tiempo se ha encargado de ilustrar y confirmar, y hoy bien sabemos que esto se mira de muy distinta manera. El modo de comportarse en el organismo la *dosis mínima* del medicamento, su mecanismo de acción,

las respuestas a veces tan evidentes como intensas de aquellas, son los elementos que le llevan a estudiar la teoría genial a no dudarlo de Hahnemann. Esto lo hace partiendo de una droga bien conocida por la Medicina, la digital, manteniendo este principio de gran avance, al decir: "fijémonos en qué dosis pequeñas de fracción de miligramo se muestran activas en el enfermo" y "debemos aceptar por ello que *deben actuar por acción* de presencia, por algún proceso cuyo mecanismo no alcanzamos todavía, y esto también lo podemos aplicar a otros medicamentos, pues hay sustancias que hacen reaccionar el organismo aún empleadas a dosis infinitesimales. "Hahnemann, por la ley de similitud tocaba a la resonancia orgánica y por la ley de dilución al agente infinitesimal; ya Hipócrates había dado importancia a la ley de similitud y más tarde Paracelso había sentido el dinamismo por dilución "Corpora non agunt nisi soluta". Hay que pensar que estas ideas se adelantaron en mucho a la concepción del potencial vibratorio de la materia y cuando aún estaba muy lejana la aparición de las vitaminas, las hormonas y los fermentos, las vacunas y los tratamientos desensibilizantes.

Al mantener Pérez Miró que muchas sustancias actúan por acción de presencia y que en esto la Homeopatía había dado alguna luz, apuntaba ya claramente la acción biocatalítica que hoy parece evidente cuando se trata de vitaminas y hormonas y de los mismos heterósidos de la digital. Cualquier intento que hiciera en aquel entonces con relación a estas cosas, no sólo colocaba al que lo intentara como un hereje frente al dogma, sino, ¿por qué no decirlo en favor de la verdad histórica?, se le consideraba un gran equivocado y hasta se le clasificaba como un chiflado. Pero Pérez Miró no se detenía ante el ataque, manteniendo su criterio acerca de esta cuestión que después vamos a ver que el tiempo se ha encargado de darle la razón, y viene oportunamente ahora traer aquí unas líneas de una conferencia leída por Maraño³ en el Congreso de Homeopatía celebrado en Madrid en julio de 1933, es decir tres años después de la muerte de Pérez Miró. Dice así Maraño: "La evolución moderna de la Medicina ha seguido últimamente rumbos inesperados, que en cierto modo justifican la teoría homeopática. Los homeópatas, como es natural, se han apresurado a apuntar estos tantos de gran volumen a su

³ Maraño, Gregorio (1887-1960). Médico español. Catedrático de Endocrinología e investigador notable. Ensayista y biógrafo, amén de autor de obras de Literatura Médica (N. del R.).

³ Archivo Nacional. Fondo de Instrucción Pública. Leg. 133, No. 8108.

favor. Debemos también comentarlos los enemigos. Me refiero precisamente a las cuatro ramas más características e importantes de la ciencia médica contemporánea: la vacunoterapia, la medicación alérgica, la hormonoterapia, las medicaciones vitamínicas".

"En verdad, el método curativo de las vacunas es la realización más perfecta del dogma fundamental homeopático. Con las vacunas producimos una pequeña enfermedad estrictamente específica, mediante la cual no sólo prevenimos, sino que tratamos de curar la enfermedad espontánea correspondiente. Para lograrlos diluimos además la materia curativa, los microbios en proporciones altísimas, netamente homeopáticas. No es, pues, de extrañar que un profesor de los nuestros y de la más alta autoridad científica, Much de Hamburgo, llamase en su clásico libro de Biología Patológica a la vacunoterapia la "homeopatía biológica". Sobre este punto no puede haber discusión. En la desensibilización del organismo en los estados alérgicos inyectamos el mismo antígeno a dosis infinitamente diluidas. El paralelismo entre todo esto y los principios de Hanhemann es tan notorio que sorprende, de una parte, el que los homeópatas no hayan construido todo un sistema terapéutico a base de sensibilizaciones específicas, que seguramente hubieran logrado un éxito brillante en multitud de enfermedades y hubiera rematado la obra de siglo y medio de tanteos con una demostración de incomparable eficacia. Y Marañón termina así su escrito: "La Medicina nuestra, la clásica, no pierde nada con declarar que Hanhemann tuvo atisbos geniales y que fue el precursor de los avances más importantes de la terapéutica actual. Esta confesión en nada menoscaba nuestro prestigio, porque lo importante es que *esos progresos homeopáticos se han realizado con un espíritu no homeopático*. La verdad absoluta no la conocemos nunca los hombres. Por eso sirve a la verdad quien la busca, quien sufre por encontrarla, y no quien se limita a adorar estáticamente lo que cree la verdad". Pérez Miró, que fue tan combatido cuando decía que en la teoría homeopática de Hanhemann había muchas verdades que era necesario estudiar, se hubiera sentido muy confortado si hubiera leído esta conferencia escrita 22 años después de exponer él sus ideas sobre el método homeopático.

Ahora, para terminar con las aportaciones y las teorías que nos legara este modesto hombre de ciencia, trataremos de una

cuestión que debiéramos subrayar dos veces y en la que podemos ver con la mayor claridad cómo su pensamiento se adelanta 30 años a cosas que hoy aparecen bien demostradas tanto en la experimentación como en la clínica y me refiero a su nota publicada en el año 1912 con el título "Vehiculación de Unos Medicamentos Por Otros". En este escrito dice Pérez Miró: "Hay sustancias dotadas de gran movilidad, de marcada acción difusiva, de gran velocidad en su transportación desde unos puntos a otros del organismo. A los agentes medicamentosos que vamos a explotar como vectores o conductores de otros, hasta los sitios de su electividad, hemos de considerarlos como vehículos y a su acción, vehiculación, acarreamiento o transportación. El ioduro de potasio es una sal cuyas disoluciones tienen una notable movilidad, disminuyendo la viscosidad de la sangre junto con la mayor velocidad de circulación de los líquidos en los capilares. La medicación iodurada, siendo esencialmente difusible y penetrante es susceptible de realizar un lavado de los tejidos; esto hace que un medicamento activo, pero tardo en llegar al punto a que se le destina, actúe con mayor prontitud y, desde luego, más eficacia cuando lo asociamos al ioduro de potasio. Este poder de difusión, de movilidad de ciertas disoluciones o, por el contrario, su lentitud o pereza se realiza en los tubos capilares de vidrio y en las membranas de pergamino de los realizadores, como hemos comprobado en el laboratorio con la morfina y el ioduro de potasio, pensando continuar estos experimentos con otras sustancias. Como la corriente eléctrica lleva desde un polo a otro, los iones al través del cuerpo, así unas drogas se dirigen a uno o a otro territorio orgánico, en virtud de fuerzas de naturaleza química, la mayor parte de las veces". De este escrito que se refiere también a otras sustancias como la antipirina, trementina, sueros, etc., tomamos esto que damos a conocer, y que es en esencia la hipótesis emitida por Pérez Miró, es decir: *Las sustancias capaces de disminuir la viscosidad de los líquidos del organismo y dotadas de una gran movilidad y gran poder de difusión, facilitarán la absorción más rápida de un medicamento tardo en llegar al punto a que se le destina.*

Hoy, después de transcurridos 30 años, los progresos de la Química Biológica y de la Farmacología, han confirmado plenamente esta hipótesis.

Actualmente, la Medicina se está aprovechando de una sustancia cuya acción no es otra que la de suprimir la viscosidad de los líquidos en los espacios intersticiales de los tejidos,

que es uno de los factores independientes de la difusión de las sustancias extrañas introducidas en el organismo, facilitando así su difusión rápida, y por lo tanto acelerando el ritmo de su absorción. En los diferentes tejidos se encuentra el ácido hialurónico, que es un polímero de acetilglucosamina y ácido glucorónico de naturaleza viscosa y el factor impediendo a que nos hemos referido. Pues bien, la hialuronidasa es un fermento que hidroliza el ácido hialurónico provocando la rápida difusión de una sustancia que sin la intervención de esta enzima, sería de más lenta absorción.

Pero, en esto, vamos a recalcar algo, cuyo comentario he dejado para un último término, porque tiene el mayor relieve y merece todo el mayor reconocimiento a lo que dejó dicho el Maestro. Esta hipótesis, en la que Pérez Miró señala la acción del iodo como vehículo para facilitar el transporte y fijación de algunos medicamentos, encuentra su más completa confirmación en estudios llevados a cabo en nuestros días con la penicilina iodada. Un laboratorio de gran prestigio de Inglaterra, ha obtenido un compuesto de penicilina en el que se encuentra en su arquitectura molecular un radical iodado, habiéndose podido comprobar que, después de su administración, la penicilina aparece en el tejido pulmonar en considerablemente más elevadas cantidades, que después de la administración de la penicilina sola en solución o asociada a la procaína, en cuyas formas es muy pobremente fijada por las mucosas del tracto respiratorio. Esta intervención del iodo en la penicilina sugiere que la preparación tendría valor específico en el tratamiento de las infecciones del aparato respiratorio. Así pues, vemos como Pérez Miró nos habló del yoduro potásico como sustancia útil para transportar a determinados territorios drogas que por sí solas no lo harían o lo efectuarían con pobreza, no pudiéndose obtener, por lo tanto, la concentración necesaria para lograr su óptimo efecto. Una teoría es una hipótesis más o menos confirmada, como dice Claude Bernard, y así, comprendido el concepto, la hipótesis de Pérez Miró sobre el papel del ion iodo en la transportación de los medicamentos y su mejor fijación entra ya en el terreno de la doctrina y nos permite ver que la confirmación de sus ideas no necesita de una mayor explicación.

De su vida podemos afirmar que fue ejemplo. Siempre sencilla y grande al mismo tiempo, pues poseía el alma pura de un niño y la mente bien nutrida del sabio en quien la curiosidad científica encontró siempre un modesto trabajador. Esta era una pasión

de su alma, meditar, estudiar, observar, hasta el día en que las fuerzas de aquella recia armadura humana comenzaron a disminuir y se iba rindiendo al mal que había de terminar con su existencia y cuyo diagnóstico y pronóstico él se hiciera desde el primer momento y que le dieran motivo para decirme: "me quieren hacer una radiografía y yo pregunto si con esto habrían de curarme", convencido de que sus días estaban ya contados. Ya enfermo, yo le visitaba con frecuencia y siempre le encontraba sentado al lado de su lecho, tan pulcro como lo fuera en su época de actividades, a tal grado que no aparentaba, ni su mal tan grave, ni su fin tan cercano. Allí, al alcance de su mano tenía siempre libros y revistas de Medicina que hasta sus últimos momentos le sirvieron de magnífico bálsamo, y hasta de placer en la lenta agonía que soportaba, sin dejar traslucir el menor gesto de contrariedad, ni de amargura, ni por sus sufrimientos físicos, ni por la proximidad de su fin, a tal grado, que cuando en una ocasión me habla de lo disgustado que lo tenía su enfermedad, lo hace diciéndome que esta se prolongaba ya demasiado y que con ello le ocasionaba muchas molestias a su familia. No pensaba en él, se preocupaba por sus seres queridos.

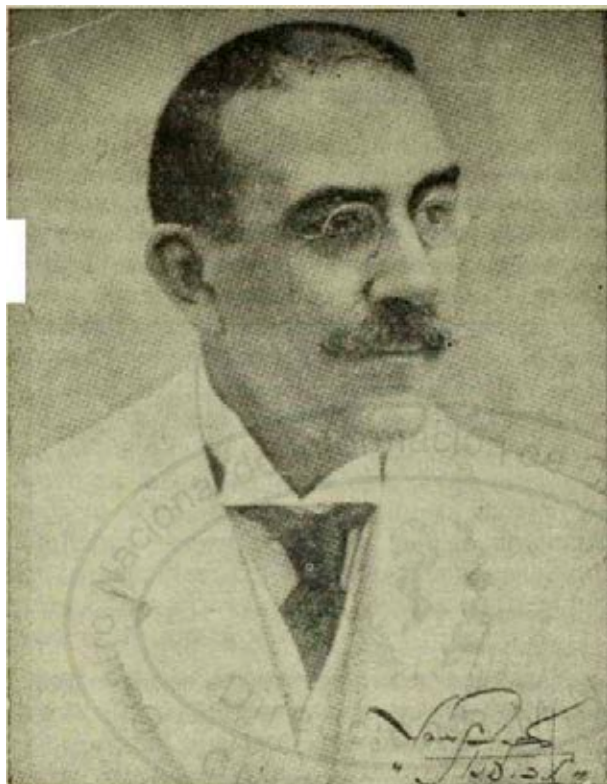
Dos días antes de su muerte estuve a verle, lo encontré como siempre, leyendo y estrechándome la mano me dijo: "cuánto hay que aprender, Jaime; permítame leerle esto que tiene un gran interés". Aquella fue mi última visita: cuarenta y ocho horas después la vida se desprendió de él repentinamente en un estertor final. Murió como había vivido, como un justo, y así, en aquella mañana, rodeado del cariño de su esposa y familiares, terminó la existencia de este hombre de quien pudiera decirse que la terminación de su vida la llevó a cabo con la mayor consciencia y para quien las amarguras no tenían en él otra reacción de su espíritu que aquella sonrisa comprensiva y de disculpa para los pecados del prójimo en los que encontraba siempre alguna explicación para perdonarlos.

Hemos llegado al término de esta oración y ahora diremos: no podemos dejar de reconocer y admirar a los que en el noble esfuerzo de contribuir al avance de los conocimientos médicos, nos legaron sus enseñanzas y en algunas cuestiones se adelantaron a su época dejando un poco de luz en el camino, y si tenemos presente que estas cosas que hemos expuesto, fueron el producto del trabajo y el estudio de un profesor de nuestra Facultad de Medicina, hombre de excesiva modestia y animado por su espíritu superior, en el que no se sabría si valorar más sus cualidades

CONTEMPORÁNEOS DEL DOCTOR FRANCISCO CABRERA SAAVEDRA 139

intelectuales o su inmensa bondad y sentido humano de la vida, habremos de sentir esta noche la gran satisfacción del deber cumplido, al pagar por ello una doble deuda: deuda a la memoria de Abraham Pérez Miró y deuda también a las páginas de nuestra Historia de la Medicina.





Dr. Leonel Plasencia 5 enero 1877 — 17 enero 1923